

## IMÁGENES Y SÍMBOLOS EN LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

La poesía de Miguel Hernández está cargada de imágenes y de elementos simbólicos, que van variando con el paso del tiempo, desde sus primeros poemas hasta sus últimos libros. Y ello se debe a la situación personal que vive el poeta y, también, a las influencias literarias que recibe en cada momento. Así, en sus primeros poemas suelen aparecer unas metáforas relacionadas con el paisaje oriolano y levantino, mientras que en libros posteriores evoluciona hacia imágenes más próximas al surrealismo. Es más, un mismo elemento simbólico puede adquirir significados diferentes según el momento en que se escriban los poemas.

En sus primeros poemas (1924-1931), las imágenes se corresponden con el paisaje de Orihuela. Por ello, es frecuente la presencia de elementos representativos de dicho paisaje, como el limonero, el naranjo, la granada, la higuera, el olmo, la dulzaina, la cabra y la luna.

El pozo, la higuera, el olmo y la pastora Leda son símbolos representativos de la soledad del pastor. El limonero, el naranjo, el lucero, el agua del pozo, la cabra y la leche se asocian con la figura de la amada, incluida la imagen del blanco vestido de novia. El coral, el rubí, el clavel, la amapola, la granada, representan la belleza femenina, la boca de la mujer, que despierta el deseo del pastor. Las ninfas, los sátiros, la luna y los reptiles se asocian al deseo sexual, favorecido por la noche y por ese silbante reptil que puede relacionarse con el órgano genital masculino.

Con la publicación de *Perito en lunas* (1933), libro formado por 42 octavas reales a imitación de Góngora, Miguel Hernández ofrece unos poemas cargados de metáforas, unos poemas alegóricos a los que Gerardo Diego calificó como “acertijos líricos”, dada su difícil interpretación, su hermetismo. En muchas ocasiones, la interpretación del poema se ve favorecida por el propio título del poema, como ocurre en “Toro”, “Palmera”, “Sexo en instante, 1”, “Noria” o “Negros ahorcados por violación”.

Algunos de esos elementos, como el toro o la palmera han sido interpretados como símbolo de la valentía y el sacrificio, y del chorro del agua, respectivamente. No obstante, otros especialistas en la poesía de Miguel Hernández han visto en estos y

otros poemas de Perito en lunas una interpretación más profunda, relacionada con el sexo y la masturbación.

El tema central de *El rayo que no cesa* (1936) es el amor y sobre él giran los elementos simbólicos y las metáforas del libro. De ese modo, el primer símbolo que aparece, el rayo, simboliza el amor y el deseo que siente el poeta y que no cesa nunca (“¿No cesará este rayo que me habita?”). Lo mismo cabe decir del carnívoro cuchillo con el que se abre el libro, con el cuchillo y la espada de “Yo sé que ver y oír a un triste enfada” y de “Silencio de metal triste y sonoro”.

El limón es símbolo del pecho femenino, con su punta de seno duro y largo. Y, en relación con él, aparece la sangre alterada del hombre, símbolo del deseo, y la camisa, que representa al sexo masculino (“Me tiraste un limón, y tan amargo”). La frustración que le produce el rechazo de la mujer se traduce en una honda y profunda pena, la cual se hace coincidir con la imagen del perro y de los cardos la tuera (“Umbrío por la pena, casi bruno”); en cambio, cuando se muestra accesible y amorosa, a pesar de su inocencia inmaculada, se la asocia con el nardo o el jazmín, y su cuello con una almena de nata giratoria.

Pero, en general, el tono del libro es de pena, dolor, queja, porque el poeta no siente su amor correspondido en la medida en que él desea. De ahí que surja un símbolo que lo impregna todo, el del toro. Un toro que pelea contra la dolorosa espada (“Silencio de metal triste y sonoro”), contra la soledad (“Por una senda van los hortelanos”), contra la muerte segura (“El toro sabe al final de la corrida”), a pesar de lo cual, como valiente y luchador animal que es, se crece ante el castigo (“Como el toro he nacido para el luto”).

Y, como culminación del tema del amor, el magnífico ejemplo de amor casi fraternal que aparecen en la “Elegía” dedicada a su amigo Ramón Sijé, en la que aparecen diversos símbolos e imágenes relacionados con el tema del llanto, el dolor y la muerte: lluvia, desalentadas amapolas, hachazo invisible y desolado, empujón brutal, rastros, piedras, rayos, etc. Por el contrario, los símbolos relacionados con el amor, el recuerdo y la vida en la memoria del amigo son el huerto, la higuera, las flores, las abejas, las flores del almendro, las rosas:

“Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero”.

A partir de *Viento del pueblo* (1937), se puede hablar de una poesía comprometida en lo social y en lo político, de una poesía de lucha, de guerra, y, por tanto, los habituales símbolos hernandianos adquieren otra tonalidad, al tiempo que aparecen nuevos símbolos e imágenes.

Así, el viento es la voz de pueblo y, en el poema “Vientos del pueblo me llevan”, los vientos en plural representan a cada uno de los pueblos de España, que arrastran al poeta y le aventan la garganta para que pueda cantar a cada uno de ellos con sus elementos más característicos y representativos. Y, en relación con ese pueblo español, surgen unos símbolos muy característicos, como son los leones, las águilas y los toros, representativos del valor, de la lucha, de la fuerza, de la libertad. En el lado opuesto se sitúan los animales que doblan la cabeza, que se dejan humillar, cobardes y resignados ante los castigos, como son los bueyes:

“No soy de un pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimientos de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.  
Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.”

Por tanto, otro símbolo es el yugo, que está presente a lo largo del libro. Yugo es el que se les pone a los bueyes, como elementos representativo de la humillación que sufren y que asumen sin protestar ni rebelarse. Yugo es el que se le coloca a ese pobre niño yuntero, al que, nada más nacer, ya se le quiere colocar el yugo en el cuello, como inequívoca señal de su condición de esclavo destinado al trabajo, al sufrimiento, a la muerte.

Frente al yugo, el símbolo de las hoces y los martillos, alusivos al comunismo y, por tanto, a la libertad y la igualdad a la que aspiran los jornaleros que aparecen en el poema de igual título. Y, también, el olivo, que simboliza la esperanza de los aceituneros de Jaén.

Tanto en *Viento del pueblo* como en *El hombre acecha* (1939) aparece un símbolo representativo de amor y de vida, el vientre de la esposa. Así lo vemos en el poema "Canción del esposo soldado", de *Viento del pueblo*, en el que Miguel Hernández expresa su alegría por haber poblado de amor y sementera el vientre de su esposa con el que sería su primer hijo. Una futura vida que se contrapone a símbolos de muerte y destrucción como son las balas, el plomo, las explosiones, las brechas, los ataúdes o las fosas. Y algo similar cabe decir a propósito del poema "Madre España", de *El hombre acecha*, poema en el que, además, aparece el símbolo del tronco, para representar al poeta que se siente profundamente enraizado en su patria.

Las imágenes de muerte y de destrucción que caracterizan *El hombre acecha* comienzan con el tigre, que despliega sus garras con toda su crueldad ("Canción primera") y continúan con los trenes, que transportan soldados a los frentes de batalla y, también, heridos y muertos.

La guerra se representa con símbolos como el hambre, las cárceles, la sangre derramada, la nieve, las hogueras, las estatuas silenciosas, los cristales, las cartas abandonadas y sin dueño:

"Ayer se quedó una carta  
abandonada y sin dueño,  
volando sobre los ojos  
de alguien que perdió su cuerpo.

Cartas que se quedan vivas

hablando para los muertos:  
papel anhelante, humano,  
sin ojos que puedan serlo.”

Y cuando, al final del libro, en la “Canción última”, el poeta contempla con esperanza la posibilidad de regresar a su casa y reencontrarse con los besos de la amada esposa, entonces el odio se amortigua y “será la garra suave”.

Su obra póstuma *Cancionero y romancero de ausencias* supone la culminación de todo un tiempo de desgracias, sufrimientos y muertes, comenzando por la muerte de su primer hijo, a los diez meses de su nacimiento (“Ropas con su olor”, “Negros ojos negros”, “El cementerio está cerca”). Y, vinculados a la muerte del hijo, los símbolos del tren y de un negro barco (“Cada vez más presente”), del ataúd, de los ojos abiertos, del sol muerto. Símbolos todos ellos dedicados a Manuel Ramón y, por extensión, a todos los muertos de los que él la muestra más entrañable.

Pero la vida continúa, y al hijo muerto le sucede el segundo hijo, Manuel Miguel. Para ello es necesario, como es lógico, que reaparezca el símbolo del vientre (“Orillas de tu vientre”, “Menos tu vientre”, “Hijo de la luz y de la sombra”). Y, una vez nacido el hijo, llega el momento de alimentarlo para que viva, para que crezca, pero sólo hay cebolla, cuyo jugo aparece metaforizado en la leche que la madre le da, en ese pecho que es “escarcha grande y redonda”, que es luna. Mas el hijo crece, hecho alondra que vuela, y su risa es una victoriosa espada que logra vencer el sufrimiento y el dolor de su padre, abocado a la derrota, la prisión, la enfermedad y la muerte.